

# GUILLERMO SHERIDAN

*Saltapatrás*

## RESIDENCIA EN EL POLVO

118

LETRAS LIBRES  
JULIO 2011

LA LUZ ENTRA EN CILINDROS POR LOS OJOS de buey al pequeño comedor de un yate donde estamos Neruda y yo sentados frente a una mesa de polvo mientras un gnomo que ostenta un lingam como un ariete baila alrededor de una mujer con tetas de gelatina.

Creo que este sueño lo indujo este lío sobre si Pablo Neruda fue asesinado, que parece encantarle a algunos. El comedor es el de “La Chascona”, la casa que Neruda tenía en Santiago, que en efecto replica el de un barquito; la señora se escapó de “Agua sexual”: “Es como un huracán de gelatina, / como una catarata de espermias y medusas”; el polvo es México (por lo que se verá) y el gnomo tiene que ser el legendario sexólogo Osvaldo Quijada Cerda.

Llegué en 1990 con la solemne misión de reanudar oficialmente las relaciones culturales con Chile, segadas desde 1974 junto con todas las demás. Yo tenía que viajar el 6 de abril a la Feria del Libro de Buenos Aires, dedicada ese año al ensayo, porque alguien decidió que Monsiváis y yo éramos ensayistas representativos. Y unos días antes del viaje llegó la llamada misteriosa.

Era la Patria en persona: se acababan de reanudar hacía una semana las relaciones diplomáticas y era imprescindible que un mexicano (solo le faltó decir “el que fuera”) se manifestase ahí para que los chilenos vieran que la cosa iba en serio. Una negativa estaba fuera de discusión. Así que de camino a Buenos Aires me detendría en Santiago (“está de pasadita”) y figuraría en algunas actividades dedicadas a la imperecedera amistad etcétera. Me sentí desfasado, pero la Patria ordenó y yo me cuadré.

Miré la Cruz del Sur en la noche morada y, al aterrizar, presentí el amanecer detrás de los Andes majestuosos. Me recibí el encargado de negocios *ad interim*, el embajador Jorge Chen, tipo formidable. Él había llegado muy poco antes con el manojito de llaves de la embajada y de la residencia. Me puso en mi hotel, descansé un rato; fui al palacio de La Moneda y escuché los tiros; fui a una cafetería y escuché a unas muchachas cantando un alboroto de calandrias en traspatio.

Tendría que dictar una conferencia —que escribí en las rodillas, sobre el comercio entre poetas chilenos y mexicanos—, me entrevistarían unos periodistas y asistiría a una cena formal en la residencia. Mi agenda secreta, claro, era Neruda. Chen consiguió que me dejaran visitar “La Chascona”, que recorrí sobrecogido de emoción y reverencia. Tomé un autobús desvelado y llegué a Isla Negra, donde me leí en voz alta el “Memorial”, y luego a Valparaíso, ese “puerto disparate”, donde comí mariscos fluorescentes mirando nadar pingüinos entre los cargueros.

¿Quién me contó que Neruda murió, de hecho, en territorio mexicano? ¿Que México había hecho valer no sé qué protocolo y que había logrado que la cama de la Clínica Santa María, donde agonizaba el Poeta, y unos metros aledaños, fuesen legalmente México? ¿Que hasta había una banderita mexicana en el buró, irradiando protección y disuadiendo matones? Pero no recuerdo que en sus evocaciones el embajador Martínez Corbalá diga eso...

Llegué a la conferencia con mi corbatita. Había una pasmosa multitud que no estaba ahí tanto para escucharme a mí como para que yo escuchase cuánto quería a México. Aplaudían el nombre de cada poeta y al terminar gritaron vivas a México y a Chile y a la amistad y a todo. Durante el brindis la gente improvisaba discursos y me pedía firmar el programa; una señora me puso enfrente a un niño (que también traía corbatita) mientras le decía en calandria “mira, ete señor vinoe México *piú*” y yo miraba a Chen preguntando ¿qué es esto? y él se alzaba de hombros, y me llevaron a cenar casi en hombros y ahí estaba el Dr. Quijada, carcajeante y malicioso, que a los postres me preguntaba a gritos las formas populares de referirse al pene en México (“el cura Melchor” le encantó) y a su vez me explicaba las chilenas pico, chafalote y chuzo.

La cena formal, en cambio, fue desoladora. Chen había logrado que una compañía de limpieza saneara el comedor y ordenó la cena en algún restaurante. Era importante que se sirviera en la vajilla oficial con el escudo, que encontramos asombrosamente entera en un armario. Pero no hubo tiempo de reconectar la luz y los invitados —rectores, funcionarios, el obligado cura afable— comimos crema de espárragos a la luz de unas velas teatrales. Fue más bien lúgubre, el cordial presente luchando con el abatimiento pretérito.

La residencia había estado cerrada dieciséis años. Parecía guardar, intacta, la pesadumbre de los cientos de asilados que vivieron ahí. El tiempo detenido se despedazaba de mala gana entre muebles exhaustos y candiles fantasmales. Hubo quien murió ahí y hubo quien ahí nació, y el eco de sus voces se agitaba cuando Chen y yo abríamos a empujones las puertas soldadas, abriéndonos camino por cuartos y corredores, como espeleólogos, con nuestra lámpara sorda, iluminando aquí un juguete y allá un zapato, náufragos colapsados en un mar de polvo espeso.

No sin esfuerzo, venciendo cerrojos y postigos petrificados, logramos por fin abrir una ventana. El aire, inevitablemente nuevo, entró alzando pequeños remolinos y hable y hable, como Neruda, “Buenos días... ¿Puedo pasar?... Vengo llegando y te pido permiso para entrar en tu casa...” —